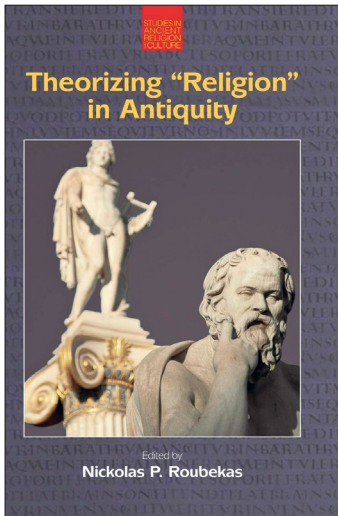


THEORIZING “RELIGION” IN ANTIQUITY



ROUBEKAS, NICKOLAS P. (ed.).
(2019). *Theorizing “Religion” in Antiquity*. Bristol-Sheffield: Equinox Publishing. 458 pp., 129,60€ [ISBN 978-1-7817-9356-5].

RAMÓN SONEIRA MARTÍNEZ

MAX-WEBER-KOLLEG (UNIVERSITÄT ERFURT)

RAMON.SONEIRA_MARTINEZ@UNI-ERFURT.DE

EN RARAS OCASIONES NOS ENCONTRAMOS CON publicaciones que nos invitan a la crítica y a ser criticados. Desde las primeras páginas del libro el editor de esta obra colectiva nos ofrece perder el miedo por la crítica académica apostando por una aproximación científica interdisciplinar al hecho religioso. En el mismo prefacio, Nickolas P. Roubekas desgrana los objetivos que esta obra busca cumplir no sin antes exponer los motivos por los cuales se realiza esta publicación. La razón principal es la manera en la que el fenómeno de la religiosidad se estudia en la antigüedad dependiendo de la disciplina académica desde la cual se analiza la religión. Desde el ámbito del estudio de las religiones (*Religious Studies*), hay una mayor tendencia a discutir la categoría “religión” y su aplicabilidad en distintos contextos históricos y culturales. Por otro lado, en los Estudios Clásicos y la Historia Antigua este tipo de categorías no suelen teorizarse desarrollándose un uso consensuado de la terminología. Así, nos encon-

tramos con distintos volúmenes y publicaciones con títulos como “religión griega”, “religión romana”, etc. La pregunta que nos asalta es la siguiente: ¿a qué se refieren estas obras con “religión”? Desde el estudio de las religiones se ha afirmado que la categoría “religión” es un término moderno con una gran influencia del cristianismo europeo lo que dificulta utilizar dicha categoría como concepto de primer orden en la Antigüedad. El término “religión” es ajeno a las culturas antiguas.

Por ello, el editor propone una conversación entre ambas disciplinas. Un estudio de las fuentes antiguas para conocer el fenómeno religioso en las etapas preteritas continuando con la teorización de las categorías analíticas que se desarrolla en la Historia de las Religiones. Se trata, por tanto, de unificar la teoría crítica y la labor teórica de los estudios sobre la religión con las disciplinas clásicas como la Filología o la Historia Antigua con el fin de repensar la religiosidad en la antigüedad. Para llevar a cabo dicha labor, es necesario entender este proceso como una actividad interdisciplinar, inclusiva y plural. Una dialéctica heterogénea de diferentes perspectivas que derive en una mejor aproximación a la complejidad del fenómeno religioso en las culturas históricas “premodernas”.

Con el objetivo de mostrar los primeros resultados de dicha aproximación, la obra colectiva se estructura en veinte capítulos. El primer capítulo y el último de ellos corresponden respectivamente a la introducción del libro y a su epílogo. El resto de la obra se divide en cinco partes. La primera se dedica a la aproximación metodológica y teórica del fenómeno religioso. La segunda se centra en la Grecia Antigua mientras que la tercera combina estudios del periodo romano con elementos del Próximo Oriente Antiguo. La cuarta sección de la obra se enfoca en un contexto monoteísta combinando elementos del judaísmo y del cristianismo primitivo. Finalmente, la quinta parte de la obra desarrolla temas estrechamente relacionados con el estudio de las religiones como estudios de género o las ciencias cognitivas cuya aplicabilidad en períodos pretéritos han concluido en interesantes resultados.

En la introducción de la obra bajo el título “The Present and Future of Ancient Religion”, Brent Nongbri presenta las principales ideas de los autores que componen esta obra colectiva. Tras enumerar brevemente la complejidad de la categoría “religión”, describe la diversidad de las contribuciones del libro proponiendo una estructura alternativa a la que actualmente posee la obra. Con ello, busca reivindicar esta publicación como ejemplo de la diversidad de posturas que existen a la hora de analizar el término “religión”. La división que realiza Nongbri se basa en un primer grupo de colaboraciones que no se centran en discutir las categorías, sino que apuestan por una definición de estas y, por tanto, tras afirmar la posibilidad de su aplicación describen un hecho histórico concreto. Un segundo grupo corresponde a aquellos capítulos que tienen como principal objetivo discutir meto-

dológicamente las categorías a analizar. Para este autor, ambos grupos dialogan de manera indirecta proponiendo posturas que se discuten en la propia obra colectiva. El ejemplo de dicha conversación se aprecia, según Nongbri, en el cuarto capítulo. El autor concluye evidenciando la división enumerada por Roubekas en el prefacio entre aquellos que estudian la categoría “religión” y aquellos que estudian el fenómeno de la religión en la Antigüedad.

En cuanto a la primera parte, se compone de las contribuciones de Steve Mason, Jason P. Davies y Kevin Schilbrack. El segundo capítulo del libro escrito por Mason apuesta por el estudio de las categorías desde un punto de vista lingüístico. La idea principal es discernir entre las categorías de primer orden, aquellas que eran utilizadas por los antiguos, y las categorías de segundo orden, aquellas que los estudiosos aplicamos para estudiar un contexto histórico específico. Mediante ejemplos del contexto grecolatino como el “patronazgo” romano, este autor nos invita a investigar la mentalidad y el discurso de las sociedades pretéritas teniendo en cuenta la elasticidad de las categorías analíticas, la influencia intercultural mediante el discurso compartido (*shared discourse*) en el contexto mediterráneo, y la capacidad de comunicación del lenguaje que genera una serie de valores compartidos, especialmente, por los sujetos que pertenecían a la élite. Con dichos elementos en mente, Mason nos ofrece un análisis de la categoría “religión” en una segunda parte del capítulo. Centrándose en diferentes aspectos de las religiosidades griega y romana, el autor reafirma la posición que la religión tenía en los contextos antiguos. No era necesario tener un vocabulario que diferenciara la esfera religiosa con otros ámbitos de la vida político-social. A diferencia de nuestros días en que la religión es una “esfera de actividad voluntaria”, en la Antigüedad no existía tal noción del hecho religioso. En el último párrafo de su contribución, Mason señala la influencia del cristianismo en la genealogía del término “religión” destacando el periodo de la Ilustración como etapa histórica en la cual se desarrolló la moderna visión de la categoría “religión”.

En el tercer capítulo de esta obra colectiva, Davies discute uno de los debates más fructíferos en el estudio de las religiones antiguas: el concepto de creencia y el acto de creer. Desde una perspectiva de las ciencias cognitivas, Davies apuesta por repensar la noción de creencia en la Antigüedad. Tras resumir brevemente el debate generado en la historiografía por el uso del término “creer/creencia” para estudiar las religiones antiguas, el autor propone revisar el trabajo de Versnel¹ debido a las dudas que este le generan. Ambos autores coinciden en que, tradicionalmente, aquellos autores que han rechazado el uso de la categoría “creencia” se encontraban influen-

1. Versnel, 2011.

ciados por el contexto cristiano, una religión basada en la creencia (ortodoxia) y no tanto en la práctica como las religiones de los antiguos. Sin embargo, Davies amplía dicha crítica afirmando que el uso del término “creencia” se debe a una prominente perspectiva centrada en las creencias que en ocasiones fuerza la comprensión de maneras de pensar y comportarse ajenas a la Antigüedad. El autor apuesta por un acercamiento interdisciplinario desde las ciencias cognitivas con el fin de identificar la complejidad del acto de creer. Davies concluye su contribución con tres ideas. La primera consiste en proponer un cambio de términos. El concepto “creencia”, como demuestra a lo largo del capítulo, posee una connotación compleja, por ello, el autor se pregunta si no simplificaría el estudio hablar de “ideas” o “pensamientos” en lugar de “creencias”. Un segundo argumento se basa en los significados que conlleva el término “creer” a nivel cognitivo pues dificultan el uso del término. Finalmente, el último argumento de Davies se centra en la necesidad de definir exactamente a qué nos referimos con creencia cuando queremos estudiar el pensamiento religioso de un contexto histórico concreto, especialmente en un ambiente interdisciplinario. Con todo ello, el autor busca avivar el debate sobre el uso de la terminología relativa a las creencias cuando analizamos las religiones antiguas.

Finaliza la primera parte de esta obra colectiva con el cuarto capítulo escrito por Kevin Schilbrack. A diferencia de los autores anteriores, Schilbrack apuesta por unificar el debate teórico con el propositivo. No solo se trata de repensar y poner en tela de juicio categorías, sino también alcanzar la definición de estas con el fin de continuar la labor investigadora. Para ello, el autor se centra en la categoría “religión”. Tras considerar la genealogía del término, así como los trabajos deconstructivistas que han estudiado el concepto “religión”, el capítulo se centra en demostrar que, a pesar de las características modernas del término, esto no implica que su estudio en la antigüedad sea anacrónico. El autor propone una defensa de las llamadas posturas “realistas” que defienden la existencia del fenómeno religioso, aunque no existiese el vocabulario de primer orden para definirlo. Aunque el término “religión” es ajeno a las culturas antiguas, esto no quiere decir que no existieran prácticas y pensamientos que podemos calificar como religiosos. Así, contrario a las posturas de McCutcheon sobre la “religión”,² Schilbrack apuesta por un “realismo crítico” que tenga en cuenta los significados asociados a las categorías modernas pero que, a su vez, utilice dichas categorías como herramientas analíticas para estudiar el fenómeno religioso en las sociedades antiguas. Se trata por tanto de saber diferenciar el contenido de las categorías cuando definimos fenómenos modernos y antiguos. Siguiendo el ejemplo del

2. McCutcheon, 2010.

propio autor para concluir el capítulo, uno inventa la “política” como categoría, pero no la política como fenómeno, pues siempre está y ha estado presente.

La segunda parte de esta obra colectiva la conforman las contribuciones de Donald Wiebe, Emese Mogyoródi y Nickolas P. Roubekas. En el quinto capítulo, Wiebe introduce el estudio del fenómeno religioso desde la perspectiva de la filosofía presocrática. En su aportación, el autor se interesa por los argumentos filosóficos llevados a cabo por los primeros filósofos griegos para entender el mundo que les rodea desde una perspectiva racional. Para Wiebe, las ideas desarrolladas por el pensamiento jonio establecen un “episodio crítico” en el desarrollo del pensamiento humano dedicado al estudio de la religión. Tras realizar un repaso historiográfico del estudio de los filósofos presocráticos, concluye que estos primeros filósofos, especialmente aquellos naturales de Mileto desarrollaron un nuevo modo de pensamiento racional alejado de los elementos de la tradición mitológica como una nueva forma de entender el mundo y los fenómenos de este, incluida la religión. Según Wiebe, esta nueva forma de pensamiento “transicional” se verá reflejada en la historia del pensamiento griego pues será la piedra fundacional de lo que actualmente definimos como ciencia. El autor reconoce que esta ciencia primaria no está alejada del pensamiento religioso, sin embargo, el pensamiento jonio es una “revolución” intelectual que asienta las bases del desencantamiento del mundo.

En el sexto capítulo, Mogyoródi continúa investigando el desarrollo del pensamiento griego y la crítica a la religión centrándose en el término “impiedad” (*asebeia*). Partiendo de una comprensión “ortopráctica” de la religión griega, la autora se centra en los eventos acaecidos en Atenas durante las últimas décadas del siglo V a.e.c. Mogyoródi conecta el pensamiento presocrático con el desarrollo de la filosofía en época clásica, aunque señalando un cambio perceptible en cómo los pensadores del último tercio del s. V teorizaron sobre la divinidad en relación con los primeros intentos de dicha labor por los filósofos presocráticos. Con el fin de observar estas diferencias, Mogyoródi analiza los textos de Protágoras y de Pródico finalizando el capítulo con unas reflexiones sobre el fragmento del *Sísifo* como vestigios de una incipiente teorización de la religión y su origen social. Finalmente, la autora concluye reafirmando las diferencias en la forma de teorizar la religión entre los filósofos presocráticos y los filósofos de época clásica. Mientras que los primeros se centran en los elementos naturales del mundo, los segundos, influenciados por esa incipiente reflexión sobre el mundo natural, amplían la discusión hacia las leyes (*nomoi*). Esa discusión sobre las relaciones sociales entre los seres humanos se extiende a la relación entre los seres humanos y las divinidades dando lugar a las reflexiones ateas que encontramos en época clásica.

La segunda parte del libro finaliza con el capítulo séptimo escrito por Roubekas. Con su aportación, se concluye la sección de la obra dedicada a la religión griega centrándose en la obra de Heródoto. En este capítulo, el autor analiza la obra del historiador clásico como fuente para comprender la labor teórica que desarrollaron los antiguos para describir el fenómeno religioso. Para ello compara la labor del historiador clásico con teóricos modernos del hecho religioso como Freud o Durkheim. Tras analizar la posibilidad de aplicar el término “religión” en la Antigüedad, el autor propone el estudio de varios fragmentos de *Historias* con el fin de indagar en la teoría herodotea sobre las divinidades. Uno de los primeros elementos que destaca el autor es el error al afirmar posiciones ateas o increyentes en la obra de Heródoto. Roubekas establece tres elementos imprescindibles para acercarnos a dicha teoría sobre los dioses en la obra del historiador natural de Halicarnaso. El primero es la caracterización que la historiografía ha generado de Heródoto como autor “difusionista”. El segundo está relacionado con las teorías etimológicas sobre el origen de los dioses planteadas por el autor griego. Finalmente, el tercer elemento se centra en el papel de los héroes en el pensamiento herodoteo. En una segunda parte del capítulo, Roubekas parte de lo discutido en la obra de Heródoto para ampliar el estudio de las teorías sobre la religión desarrolladas en el mundo griego. Para ello, pone en relación *Historias* con el contexto intelectual de la época analizando las posibles influencias intelectuales que se encuentran en ella. El autor concluye su aportación señalando dos ideas fundamentales que podemos extraer de la obra de Heródoto. La primera es que el historiador trató de demostrar una religiosidad común en las culturas de su entorno, mientras que, por otro lado, estas aportaciones constituyeron un ejercicio de autoidentificación comunitaria.

La tercera parte del libro se compone de las aportaciones de Alan Lenzi, Rita Lucarelli, Panayotis Pachis y Spencer E. Cole. En el capítulo octavo, Lenzi introduce la discusión sobre la categoría de religión y la teorización de este fenómeno en el contexto de la antigua Mesopotamia. Uno de los primeros elementos que destaca el autor es la inexistencia del término “religión” en la lengua acadia. Por ello, Lenzi apuesta por hablar de “discurso ritual” para estudiar aquellos textos escritos por los estudiosos mesopotámicos (*ummânū*) que tratan temas relacionados con la comunicación entre los seres humanos y las divinidades. Con el fin de analizar dichos vestigios mesopotámicos, el autor destaca la estrecha relación que existe entre la historia de la ciencia y la historia de las religiones, especialmente cuando se estudian sociedades antiguas pues comparten mayoritariamente las mismas fuentes, los mismos textos. Centrándose en el contexto mesopotámico, Lenzi enumera los diferentes conceptos acadios que constituyen el “discurso ritual” concluyendo que

las teorías sobre las prácticas e ideas religiosas en los textos acadios eran un reflejo de las estructuras sociales y políticas.

El noveno capítulo nos trae de la mano de Lucarelli un análisis de la magia en el Antiguo Egipto. En su aportación, Lucarelli se enfoca en el debate de la definición de magia desde una perspectiva emic, en este caso, en el contexto egipcio. Como ocurría en el capítulo anterior, no existe un término egipcio para referirse a la religión, pero sí ocurre para la magia (Heka-*ḥkꜣ(w)*), tanto práctica como teórica. Este término se utiliza para hablar sobre rituales religiosos demostrando que desde una perspectiva emic no existía diferencia entre lo que hoy llamamos religión y magia. Lucarelli estudia los vestigios de la magia egipcia utilizando una moderna clasificación según la función de la práctica mágica (defensiva, funeraria, curativa y transformativa). Como el propio autor señala, esta clasificación es moderna ya que en el Antiguo Egipto estas prácticas mágicas no tenían dicha diferenciación, su gran mayoría se asocian con el término “protección” (*sꜣw*). Tras analizar diferentes ejemplos de la práctica mágica egipcia, Lucarelli concluye proponiendo esta aproximación comparativa hacia la magia egipcia como un posible método aplicable a otros aspectos de la religiosidad como la demonología.

En el décimo capítulo, Pachis continúa en el contexto egipcio pero esta vez durante el periodo helenístico. Este autor propone estudiar la descripción que realiza Diodoro Sículo sobre la vida religiosa egipcia en el primer libro de su *Bibliotheca Historica*. Para ello, Pachis se centra en la influencia del evemerismo en el desarrollo de las monarquías helenísticas observable en las ideas de autores como el propio Diodoro. El autor destaca la conexión de las teorías sobre el origen de la sociedad desarrolladas en época clásica con la manera de describir la actividad civilizatoria por los autores helenísticos. Esta idea destaca en como el propio Diodoro establece el origen de la agricultura en el mundo egipcio relacionando al héroe mítico griego encargado de dicha labor, Triptolemo, con los gobernantes ptolemaicos. Acompañando a esta relación, destaca la asociación que Diodoro establece entre Osiris y Dioniso e Isis y Deméter que, sin embargo, difiere de aquella realizada en etapas anteriores por Heródoto. Una asociación estrechamente conectada con los ritos místicos. Pachis concluye el capítulo señalando la “actividad ideológica” observable detrás de los discursos de Diodoro basados en una narración mitológica específica que descarta ciertos elementos históricos.

La tercera parte del libro finaliza con el undécimo capítulo escrito por Cole. En su contribución, Cole trata la relación entre la metáfora y el fenómeno religioso en el contexto de la religión romana. Para ello, Cole inicia el capítulo con una introducción a los acercamientos teóricos modernos sobre metáfora. Lo que resulta interesante para este autor es la relación entre dicha figura literaria y la represen-

tación de la experiencia cotidiana que en ella se esconde. La metáfora sirve para conocer los elementos que componen el día a día de una cultura específica. A través de un análisis de la historiografía de la religión moderna, Cole enfatiza el papel de la metáfora en el discurso romano. Con esta idea en mente, el autor analiza diferentes textos de los dos grandes pensadores romanos sobre el fenómeno religioso: Cicerón y Varrón. Una de las metáforas que destaca Cole en su estudio es la divinización de los seres humanos. Para este autor, Cicerón introduce este proceso de divinización como consecuencia del culto imperial pues la divinización de personajes influyentes en la vida pública no tenía apenas presencia en la etapa republicana. Para este autor, el término griego *apoteosis* aparece por primera vez en el contexto romano en las epístolas ciceronianas. El capítulo concluye enfatizando el papel de la metáfora en los cambios producidos en las ideas religiosas relacionadas con la muerte y el más allá durante los primeros años del Imperio. Las transformaciones de dichas ideas se reflejan en los cambios discursivos de la República tardía en los que la metáfora ejerce un papel esencial.

La cuarta sección del libro se resuelve con las contribuciones de Michael L. Satlow, Sarah Imhoff, Nickolas P. Roubekas y Sarah E. Rollens. En el capítulo duodécimo, Satlow nos propone un acercamiento al contexto judío, concretamente a la obra del pensador Filón de Alejandría. Para ello, el autor propone aplicar el “modelo politético” defendido por Jonathan Z. Smith para el estudio de las religiones.³ Tras realizar una genealogía del término judaísmo (*ioudaismos*) en el mundo antiguo, Satlow se enfrenta al problema que vertebra esta obra: la definición de las categorías de primer y segundo orden, en este caso en el contexto judío. Una vez el autor ha establecido las líneas teóricas de su acercamiento metodológico, se introduce en la obra de Filón. En este estudio de la obra del pensador judío, Satlow se centra en tres elementos descritos en los textos del alejandrino. El primero de ellos se refiere a la distinción de diferentes comunidades judías que Filón establece en sus textos. En segundo lugar, la manera en que el filósofo lidia con los textos de la tradición judía para finalmente centrarse en las prácticas socio-religiosas que se describen en los textos del alejandrino. Satlow concluye su aportación invitando a reflexionar las categorías utilizadas tradicionalmente en el estudio de las religiones, específicamente la categoría “judaísmo helenístico” cuyo mayor representante es Filón de Alejandría.

Imhoff continúa reflexionando sobre el judaísmo en el capítulo decimotercero. En su aportación la autora se centra en temas de identidad adscritas al contexto judío. Para ello, Imhoff realiza un ejercicio teórico para definir ciertos conceptos y

3. Smith, 1982.

categorías relacionadas con los procesos identitarios judíos, tanto en la modernidad como en los contextos antiguos. Uno de los términos más discutidos por Imhoff es “judeidad” (*Jewishness*). La autora apuesta por acercarnos al pasado antiguo no dando por sentado un significativo esencialmente religioso cuando se describen grupos o sujetos judíos en la Antigüedad. Con el fin de apreciar esta idea, la autora realiza una aproximación a las principales fuentes judías en el mundo antiguo. Uno de los elementos que destaca es la gran pluralidad cultural que existe en dicho contexto desembocando en una diversidad de formas de desarrollar la identidad judía. Imhoff destaca tres elementos en el análisis de las fuentes antiguas. El primero es la inexistencia de un término equivalente a nuestro “judaísmo” en los autores antiguos. En segundo lugar, recalca el papel secundario de los rabinos en el contexto grecolatino. El tercer y último elemento es la hibridación cultural entre los grupos judíos y el resto de las comunidades vecinas. Tras analizar los textos de Filón de Alejandría o Flavio Josefo entre otros, Imhoff concluye el capítulo reafirmando las categorías analíticas (“religión”, “identidad” o “nación”) como herramientas que nos permiten profundizar en fenómenos transhistóricos complejos como la “judeidad”.

En el capítulo decimocuarto, Roubekas realiza una segunda aportación a esta obra centrándose en la figura de Tertuliano y, por tanto, en el contexto del primer cristianismo. El autor se centra en la obra *De Spectaculis* del apologista africano como ejemplo para identificar dos elementos esenciales en el estudio del cristianismo primitivo. El primero es la creación y reforzamiento de identidades mediante la relación de espacios con elementos religiosos. Relacionado con esta idea, el segundo elemento hace referencia a las consecuencias ideológicas que desarrolla la clasificación de dichos espacios. Así, analizando los espacios lúdicos descritos por Tertuliano puede apreciarse una resignificación espacial cuya transformación está relacionada con los cambios en las ideas y creencias religiosas paganas/romanas hacia unas cristianas. Como apunta Roubekas, la labor del apologista es explicar a los nuevos cristianos la manera correcta de relacionarse con los elementos culturales romanos. El autor concluye el capítulo recalcando la versatilidad que el fenómeno religioso puede llegar a adquirir, especialmente en la formación de identidades, tal y como podemos observar en la obra y en el tiempo de Tertuliano.

La cuarta parte de esta obra finaliza con la aportación de Rollens en el decimoquinto capítulo. Continuando el análisis sobre el cristianismo primitivo del capítulo anterior, Rollens se centra en las llamadas “primeras comunidades cristianas”. La tesis principal de esta autora es la naturaleza anacrónica que el término “comunidad” posee cuando nos referimos a los primeros grupos cristianos. Como Rollens deja claro en la primera página de su contribución, su objetivo no es negar la existencia de formaciones colectivas asociadas por su interés compartido en la figura de Jesús, sino

en el “legado intelectual” de dichas identidades compartidas. Con el fin de realizar tal labor, la autora analiza diferentes teorías sociológicas sobre los procesos identitarios tanto a nivel subjetivo como a nivel comunitario. Tras analizar estas aproximaciones a los trabajos que conciernen la identidad cultural, Rollens realiza una genealogía del término “comunidad” señalando la influencia del nacionalismo alemán, el romanticismo y la teología protestante en su construcción. Bajo estos tres elementos se formó la idea moderna de “comunidad”. Con el fin de observar estas reflexiones en las fuentes del cristianismo primitivo, la autora concluye el capítulo analizando las cartas paulinas como un ejemplo histórico de formación identitaria. En lugar de hablar de comunidad, Rollens propone analizar esta formación de identidades relacionadas con la figura de Jesús en términos de un “discurso común” utilizado por grupos sociales concretos.

La quinta y última sección del libro la componen las aportaciones de Leonardo Ambasciano, Justin K. H. Tse, James Crossley e Irene Salvo. En el capítulo decimosexto, Ambasciano nos propone una reflexión de las categorías discutidas en la obra desde las ciencias cognitivas. Tras exponer las razones por las cuales las ciencias cognitivas suelen estar infrarrepresentadas en el estudio de las religiones, especialmente en las antiguas, el autor señala la labor que el estudio neuropsicológico ha aportado en la deconstrucción de la propia categoría “religión”. A pesar de las limitaciones de la “teoría de la mente”, Ambasciano apuesta por un acercamiento al fenómeno religioso desde dicha perspectiva mencionando los resultados que ha dado hasta ahora su aplicación, por ejemplo, en el estudio de las violaciones intuitivas de los *prodigia* romanos. El objetivo de esta perspectiva es por tanto conocer lo que se conoce como la “historia profunda” o “neurohistoria”: el aparato cognitivo que lleva a los sujetos a desarrollar una religiosidad concreta. El autor aplica esta propuesta de estudio en el análisis de las creencias y prácticas religiosas descritas en la historiografía romana. Ambasciano concluye su aportación destacando los resultados que nos puede ofrecer acercarnos a la historia de las religiones desde teorías cognitivas y evolutivas.

En el capítulo decimoséptimo, Tse señala el papel de la geografía cultural en el estudio de las religiones. Su principal argumento es estudiar la obra de Mircea Eliade destacando la influencia que la geografía cultural tuvo en el estudio del origen de ciertas ideas o prácticas religiosas. El autor defiende, por tanto, la geografía cultural, la disciplina que teoriza sobre las prácticas humanas en su relación espacial, como elemento fundacional del estudio moderno de las religiones. Su acercamiento “crítico” a Eliade le lleva a contraponer las tesis de este con las de Smith entendiendo las diferencias entre ambos autores sobre la religión como una dialéctica y no como posiciones antitéticas. En esa zona común entre ambos pensadores se encuentra la geografía cultural influenciada por las teorías sociológicas de Durkheim. En una se-

gunda parte del capítulo, Tse se centra en las aproximaciones fenomenológicas de Eliade comparándolas con los acercamientos fenomenológicos en los estudios geográficos. Finalmente, el autor concluye su contribución invitando a los estudiosos de las religiones y a los geógrafos culturales a seguir trabajando conjuntamente.

En el capítulo decimoctavo, Crossley discute la exégesis textual en el ámbito de los estudios bíblicos. Una de las primeras preguntas a la que quiere contestar el autor es a qué nos referimos cuando hablamos de un “texto”; cómo definimos y particularizamos una fuente textual. Desde el estudio de la Biblia, podemos observar la diversidad que existe a la hora de estudiar las fuentes textuales. Las dificultades que emergen de dicha pluralidad no solo afectan a la naturaleza del texto (autoría, audiencia, intencionalidad...), sino también a las diferentes interpretaciones que se hacen de la pieza textual, las cuales están igualmente sujetas a un contexto histórico y cultural concreto. Con todo ello en mente, Crossley analiza las maneras en que la Biblia ha sido interpretada desde distintas ideologías modernas. Una primera aproximación se centra en la lectura de la Biblia durante la Ilustración cuyo resultado fue el entendimiento de la Biblia como guía espiritual, una manera de interpretar el texto religioso cada vez más influenciado por elementos seculares. El autor continúa su estudio analizando la exégesis bíblica durante el largo siglo XX destacando la influencia del antisemitismo y la visión de lo judío durante las primeras décadas del siglo pasado. El autor destaca un cambio ideológico en los años 60 debido al desarrollo de un multiculturalismo liberal. Crossley finaliza su estudio destacando las lecturas de la Biblia como refuerzo de las ideas liberales de las democracias europeas (*Liberal Bible*), mientras que, por otro lado, destacan las lecturas anticapitalistas representadas por la Teología de la Liberación (*Radical Bible*). El autor concluye señalando el papel que el contexto ideológico tiene en el estudio de los textos antiguos.

En el penúltimo capítulo, Salvo analiza los estudios de las religiones antiguas desde una perspectiva de género. Para ello, la autora divide el capítulo en dos partes. En la primera de ellas, se discute la definición de la categoría “género”. En una segunda parte del capítulo, Salvo proyecta las teorías de género en el contexto de las religiones antiguas, concretamente en la religiosidad griega. En cuanto al primer objetivo de su aportación, Salvo dibuja una genealogía de la categoría analítica de género marcada por su etnocentrismo. Por ello, la autora apuesta por teorías de género amplias que incluyan perspectivas de género multiculturales con el fin de utilizarlas en el estudio de las religiones pretéritas. Uno de los elementos que destaca Salvo es la maleabilidad de la categoría “género” especialmente cuando estudiamos casos de transgenerismos relacionados con prácticas religiosas. Tras mencionar distintos trabajos sobre religiones antiguas desde una perspectiva de género, Salvo aplica la teorización de género en la sociedad de la Antigua Grecia. Una de las conclusiones

a las que llega Salvo tras analizar diferentes prácticas rituales griegas se basa en la comparación de las teorías sobre la performatividad de género de Judith Butler con el desarrollo de las identidades de género en el contexto griego. Salvo concluye el capítulo realizando una analogía de las dificultades metodológicas que encontramos en las categorías “religión” y “género” cuando se aplican en distintos contextos históricos. Sin embargo, ella defiende un uso de dichos conceptos de segundo orden para analizar las evidencias de los contextos religiosos antiguos.

La obra finaliza con un epílogo a cargo de Luther H. Martin bajo el título “The Jabberwocky Dilemma: Take Religion for Example”. A modo de conclusión de la obra, Martin analiza algunas de las conclusiones observables en las diferentes contribuciones que forman este libro. Previo a ello, el autor amplía el debate de las categorías no solo preguntándose a qué nos referimos con religión, sino también con “antigüedad” o “modernidad”. No parece haber una definición clara de ambos conceptos, ni siquiera en esta obra. Martin estructura el epílogo en tres grandes partes. La primera se dedica a la discusión sobre la categoría “religión” destacando ejemplos que se encuentran en los capítulos de esta publicación, pero también analizando las discusiones sobre dicha categoría que encontramos en diferentes autores desde diversas disciplinas. Una segunda parte del epílogo se centra en el estudio del fenómeno religioso en la antigüedad. Para el autor, este hecho sustenta el objetivo de la obra cuya importancia se refleja en el propio título del libro. La labor de teorizar es para este autor un proceso de creación de hipótesis y presupuestos que deben ser reafirmados mediante el análisis de los datos empíricos con el fin de verificar su validez. Así, tras analizar dicha labor en las contribuciones de la obra, Martin observa la aplicación de dicho proceso en los casos históricos propuestos en la obra por los diferentes autores. Para el autor, los ejemplos ofrecidos en esta publicación pueden enmarcarse en tres grandes temas: la filosofía presocrática, la teoría ritual, y las cuestiones de identidad. A pesar de la naturaleza crítica del epílogo hacia las contribuciones que conforman la obra, Martin concluye señalando la importancia de las ediciones de este tipo. El autor destaca la labor apreciable en la obra de unificar una gran pluralidad de perspectivas para estudiar un fenómeno complejo como es la religión en un periodo histórico alejado de nuestro contexto. Publicaciones de esta naturaleza, afirma el autor, avivan el estudio teórico y metodológico no solo de la religiosidad en etapas pretéritas, sino también en la contemporaneidad.

Como hemos podido observar hasta ahora, el primer elemento a destacar es la pluralidad y diversidad de propuestas, perspectivas y contextos históricos que podemos apreciar a lo largo de la obra. A ello hay que añadir la confluencia que se produce entre la teorización de categorías relacionadas con el fenómeno religioso con las labores históricas que analizan las fuentes antiguas. Ambas perspectivas se muestran como partes

de un mismo trabajo dotando de interesantes resultados a las investigaciones dedicadas al estudio de las religiones en la antigüedad. A pesar de esta pluralidad, es innegable que el contexto griego tiene un papel primordial a lo largo de la obra. Este hecho no solo es observable en la dedicación exclusiva a la historia de la religión griega de la segunda sección del libro, sino también por el uso de ejemplos del mundo griego que se observan incluso en aquellos capítulos que se centran en aspectos más teóricos. Las contribuciones de Davies o Salvo son precisamente ejemplos de ello.

Por otra parte, la naturaleza holística de la obra y su carácter interdisciplinar nos ofrecen una aproximación al fenómeno religioso en la antigüedad de una gran calidad académica. La discusión de las categorías analíticas como “religión”, “magia”, “ritual” o “creencia” generan un aporte metodológico imprescindible al análisis de las prácticas socio-religiosas cuyos resultados se proyectan en las sociedades históricas. Esta dialéctica entre las categorías modernas y el estudio de elementos históricos dotan a esta publicación de un carácter difícil de encontrar en otras obras colectivas que estudian la religiosidad en el mundo antiguo. Además, la obra estudia igualmente la manera en la que los antiguos teorizaban sobre la religiosidad de su época. Desde una perspectiva emic, distintos autores nos ofrecen como el fenómeno religioso era descrito, estudiado o incluso criticado en diferentes contextos históricos. La teorización sobre la “religión” es, por tanto, tan antigua como el propio hecho religioso.

Con todo ello podemos concluir que la publicación es altamente recomendable para aquellas personas que buscan profundizar en el complejo estudio de la “religión”, especialmente para aquellos investigadores cuyos trabajos se centran en las religiosidades del mundo antiguo.

BIBLIOGRAFÍA

- McCutcheon, R. (2010). Religion Before “Religion”? En Pachis y Wiebe, 2010, pp. 285-301.
- Smith, J.Z. (1982). *Imagining Religion. From Babylon to Jonestown*. Chicago: Chicago University Press.
- Pachis, P. y Wiebe, D. (eds.) (2010). *Chasing Down Religion. In the Sights of History and the Cognitive Sciences*. Sheffield: Equinox.
- Versnel, H.S. (2011). *Coping with the Gods. Wayward Readings in Greek Theology*. Leiden: Brill.